

Alberto Requena

33º

ESPERANZA

Los acontecimientos sobrevenidos vuelven a enfrentarnos a situaciones complicadas, que lejos de ser conocidas, nos sorprenden por el alcance de las mismas. La luz que parecía alumbrar el último tercio del año pasado, se oscureció cuando la proximidad de la Navidad nos trajo de nuevo la angustia de la incertidumbre asociada a una pandemia que no acabamos de dominar y que amenaza constantemente con sembrar de preocupación unas vidas que debieran ocuparse en otras cosas, bastante más necesarias y útiles.

Lo que no imaginábamos es que, además, del discurso de los acontecimientos asociados a la pandemia, se iba a superponer una preocupación de alcance extraordinario, como es el que la Humanidad se sumerja en una nueva conflagración. La incapacidad de las personas en ponerse de acuerdo bajo unos mínimos principios de convivencia, pone en riesgo a la propia Humanidad. Una guerra nunca la gana ninguno de los contendientes. Ya la Historia se ha encargado de mostrarnos que no hay interés, por grande que éste sea, capaz de sobreponerse a una guerra y salir airoso. En esta ocasión no puede ser una excepción. Informaciones cruzadas de restricciones impuestas o armas puestas en juego, solamente acrecientan la preocupación por un final que se revela dramático. No parece que la Humanidad haya aprendido mucho de la historia pasada y las circunstancias vividas. Se repite una y otra vez, aunque los dirigentes de turno, y muchos otros, creen vivir situaciones distintas, que no tienen que ver con tiempos pasados. Pero cierto es que, no aprendemos demasiado. Las gentes sufren, las libertades se coartan, los abusos se generalizan, los derechos se violentan. Un escenario lamentable en el que los mínimos principios y valores debieran

disuadir de los abusos que suponen las violencias de unos seres contra otros, destruyendo la convivencia.

Como masones, nuestra indefectible adhesión a la armonía, nos hace repudiar estas situaciones violentas, donde la irracionalidad es manifiesta. El diálogo, la reflexión y las conductas fraternales no son compatibles con la violencia. Nadie tiene derecho a imponer ninguna voluntad a otro. Ser libres significa ser respetuosos con los derechos de los demás. Ser humanos significa asumir que somos iguales por origen y nadie debe prevalecer sobre otro. Ser fraternales, significa compartir, comprender, ceder en las pretensiones de otros y de la vida. No podemos actuar como si lo indeseable no fuera a abrirse paso ante nosotros. Desgraciadamente, la vida nos muestra que hay que estar preparados para todo. Los valores son la esencia que nos protegen de los desatinos. Debemos compartirlos.

Los masones, además, estamos sentidos por la pérdida de nuestro Soberano Gran Comendador Emérito, el I.º y P.º. H.º. Ramón Torres Izquierdo, 33º. Ejemplo de equilibrio, armonía y sabiduría que ha compartido su bonhomía y espiritualidad con todos nosotros, desde la generosidad que viste a los buenos masones. Estaría esperanzado en que estas tribulaciones nos fortalecerían, en esa esperanza que nos anima a seguir adelante y esforzarnos porque los valores masónicos se abran paso en aras de que el mundo pueda caminar por la senda de la luz. Vale la pena no defraudarle. Es un valor en alza.

Alberto Requena Rodríguez, 33º

Director de Zenit